
Bilbao. Desarrollo urbano y desigualdad en una ciudad industrial (1876-1940)

José Antonio Pérez Pérez

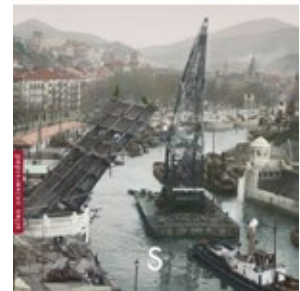
Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea

Cómo citar: Pérez Pérez, J.A. (2024). Montero, M. & Serrano, S. (eds.). (2024). Bilbao. Desarrollo urbano y desigualdad en una ciudad industrial (1876-1940). Madrid; Sílex. *Sancho el Sabio: revista de cultura e investigación vasca*, 47, 255-258. <https://doi.org/10.55698/SS47-2024-18>

BILBAO

Desarrollo urbano y desigualdad en una ciudad industrial (1876-1940)

Manuel Montero y Susana Serrano Abad (eds.)



Montero, M. & Serrano, S. (eds.).

BILBAO. DESARROLLO URBANO Y DESIGUALDAD EN UNA CIUDAD INDUSTRIAL (1876-1940)

Madrid, Sílex, 2024.



El proceso de transformación que vivió Bilbao entre 1876 y 1940 fue verdaderamente espectacular. La pacificación del territorio, tras el final de la guerra carlista y el nuevo contexto político que se abrió para las provincias vascas, favoreció la explotación intensiva del coto minero del hierro vizcaíno, y con ello, toda una serie de cambios que abrirían un nuevo periodo en la historia del País Vasco, marcado por su industrialización y modernización. De ello trata este libro, centrado en el desarrollo urbano de la capital vizcaína y las desigualdades sociales que provocó este proceso.

Los autores del trabajo forman parte del grupo de investigación de la UPV “Historia Urbana. Población y Patrimonio”, anteriormente conocido como “Demografía

Histórica e Historia Urbana”, del Departamento de Historia Contemporánea de la UPV-EHU, uno de los más sólidos de esta universidad, y verdadero referente en los estudios sobre dichas materias, gracias a las importantes aportaciones que han hecho sus investigadores a lo largo de las últimas décadas. En el primer capítulo, Susana Serrano aborda la expansión y modernización de Bilbao a través de un recorrido que arranca en el segundo tercio del siglo XIX, un momento de crisis, pero también de transición hacia nuevas realidades, como señala la autora, en el que comienza a ponerse en marcha la explotación intensiva de los cotos mineros, la tramitación del primer proyecto de Ensanche de la villa bilbaína, la creación del Banco de

Bilbao, la inauguración del Ferrocarril de Tudela a la capital vizcaína y el inicio de las obras de mejora de su puerto interior, acontecimientos todos ellos que evidencian el arranque del proceso de industrialización y modernización que sacudió al País Vasco y cambió su historia para siempre.

El nuevo Bilbao se forjó a partir de dos infraestructuras fundamentales: el puerto y el ferrocarril. Y lo hizo sobre una superficie absolutamente condicionada por la falta de suelo y la existencia de una ría. A lo largo del capítulo, la autora analiza el Plan de Ensanche de Bilbao y el complejo desarrollo portuario de la ciudad. Del mismo modo, se describe el impulso determinante que tuvo el ferrocarril para la capital vizcaína, convertida ya para 1900 en un centro industrial y financiero de primer orden nacional y en el principal nudo de comunicaciones de la fachada cantábrica. El sistema ferroviario de Bilbao y toda su comarca quedó definido sobre seis líneas y veinticinco estaciones, incluidas las dedicadas al transporte de mercancías. El capítulo aborda otras muchas cuestiones, como el papel fundamental que tuvo en el crecimiento de Bilbao el distrito central de la ciudad, la City, en torno a la Gran Vía como arteria principal y el propio Ensanche, donde se instalaron la mayor parte de los bancos y las sedes de las empresas más importantes de la capital.

Pero Bilbao no fue solo centro. También fue periferia, y, por supuesto, expresión de las desigualdades sociales que trajo aquel desarrollo económico que se reflejó en el urbanismo, como nos recuerda en su capítulo José María Beascoechea, uno de los mejores especialistas en esta cuestión. En el texto se aborda la ocupación de espacios claves, el trazado de las infraestructuras y el control y definición del uso de las diferentes áreas necesarias para el proceso de modernización que lideró la ciudad. Como se señalaba anteriormente, la pujante actividad económica y financiera del nuevo Bilbao se concentró en torno a la City, el espacio ordenado y diseñado por y para las élites, pero la industrialización trajo consigo la aparición de una nueva clase social: el proletariado, y éste, formado por miles de trabajadores, muchos de ellos llegados con sus familias

de otras provincias de España en busca de salarios más altos y nuevas oportunidades, se vio obligado a vivir en unas condiciones verdaderamente miserables.

La nueva realidad urbana no hizo sino reflejar la nueva realidad social. A unos pocos cientos de metros del lujoso Ensanche, en la margen izquierda de la ría y frente al Casco Viejo, artesano y comercial, se levantó toda una trama de viviendas e infraviviendas obreras. La situación de los trabajadores, hacinados en pisos en altura, mal ventilados, con escasa luz y carentes en muchos casos de agua potable, reflejó la otra cara de la modernización que provocó aquel espectacular desarrollo económico que vivió la ciudad en el cambio de siglo. La capital sufrió las enormes desigualdades sociales, incluso de un modo más acusado que otras localidades cercanas, debido a la proximidad del centro financiero de la villa, donde se concentraban los bancos, la sede de las grandes empresas y las residencias de las élites. Beascoechea explica perfectamente, ayudado de una serie de planos y tablas, la distribución de los diferentes distritos de Bilbao, su extensión, el volumen de población y la renta bruta anual que tenía cada uno de ellos, así como la estructura socio-profesional de la población activa, lo que permite al lector tener una magnífica instantánea de las características que tuvo este proceso y de las desigualdades que provocó en un espacio tan reducido como el que de la capital vizcaína.

Todo lo anterior nos lleva a uno de los problemas más importantes que tuvo la villa a lo largo de este periodo: la escasez de vivienda, sobre todo, de la construida para albergar a las clases trabajadoras. Del tema se ocupa en el tercer capítulo del libro otro especialista como Javier Muñoz-Fernández y para ello arranca de 1850. Como se destaca en su texto, la mayoría de las casas destinadas a los obreros y sus familias se edificaron en bloques en altura, con patios interiores, fueron promovidas por inversores particulares y puestas en alquiler, aunque a partir de la segunda década del siglo XX comenzó a darse un tímido desarrollo de las viviendas en propiedad. Tan solo una pequeñísima parte de ellas tuvieron un carácter unifamiliar. Por su parte, las clases medias, y por supuesto,

las más acomodadas, disfrutaron de una situación radicalmente distinta. La burguesía, el otro gran protagonista del proceso, proceso que impulsó la modernización del País Vasco, adoptó nuevas formas de vida y nuevas formas de habitar la casa basadas en la privacidad, el confort y la domesticidad. Como afirma Javier Muñoz, “la vivienda pasó a convertirse en eje de la vida familiar, en expresión de un nuevo sentido de intimidad, de refugio, descanso y solaz que propició una cultura de lo doméstico y el hogar”.

A lo largo del capítulo se hace un repaso a los primeros ejemplos de casas colectivas, la distribución y el uso de los diferentes espacios o la configuración de las casas de vecindad, la importancia de nuevos materiales como el hormigón o los equipamientos de las viviendas. Una mención especial merece el apartado dedicado a las viviendas unifamiliares de la burguesía. El lujo con que fueron construidas (algunas de ellas, auténticos palacios) da cuenta del nivel de vida y de la proyección social de las élites vizcaínas frente a la miseria generalizada de los trabajadores, hacinados en pisos absolutamente insalubres. Para tratar de paliar, al menos en parte, este problema, las autoridades pusieron en marcha una política de viviendas sociales que tuvo su máxima expresión en los diferentes proyectos de casas baratas promovidos a partir de la ley de 1911, aunque sus efectos fueron limitados.

Pedro Novo aborda en su capítulo el análisis de los servicios esenciales de la ciudad: el agua, los residuos y el alumbrado a gas. Como recuerda en su texto el autor, la limpieza pública y el aseo fueron una lenta adquisición de la población a lo largo del siglo XIX, no encontrando acabada su definición hasta el primer cuarto de la siguiente centuria. Hubo un cambio de mentalidad que ayudó a ello. Los avances en la medicina y el higienismo fueron determinantes en este proceso. El temor a las enfermedades infecciosas, provocadas en gran medida por la falta de servicios fundamentales, como el acceso al agua potable o la evacuación de los residuos, favorecieron este cambio.

Las enormes transformaciones que trajo la industrialización, con la aparición de todo un entramado de fábricas en el entorno de la ría y el crecimiento de los núcleos

urbanos, disparó la demanda de agua. La anexión parcial de los municipios vecinos de Abando y Begoña a Bilbao en 1873 propició la municipalización del servicio, hasta entonces regido por una comisión mixta integrada por la junta de propietarios y el consistorio. Para tratar de modernizar el sistema, el ayuntamiento encomendó al ingeniero Ernesto Hoffmeyer un nuevo proyecto de abastecimiento, comprometido por el proyecto del Ensanche. En todo caso, la extensión del agua potable vino determinada por la propia segregación espacial y la desigualdad social que presentaron los diferentes distritos de Bilbao, como deja claro el estudio por calles que hace Pedro Novo en su capítulo. Y esto fue así, tanto en lo referente al “agua de beber” como a evacuación de las residuales a través de la instalación de cuartos de baño y, sobre todo, de los inodoros, pero también en el agua utilizada en el lavado de la ropa. Bilbao tuvo que esperar hasta la segunda década del siglo XX para disponer de agua suficiente y de calidad para abastecer a sus vecinos y modernizar el viejo alcantarillado y el sistema de recogida de las basuras. Asimismo, la ciudad abordó otra serie de retos, como la mejora de su iluminación. El gas utilizado en el nuevo alumbrado público, obtenido a partir de la hulla, requirió de una serie de iniciativas para asegurar su extensión por toda la capital, pero también de nuevas normativas, hasta la municipalización del servicio.

El libro termina con un capítulo de Manuel Montero dedicado a la articulación y disfrute del ocio en Bilbao, un aspecto fundamental que permite constatar el alcance que tuvo el proceso de modernización social. Como afirma en su capítulo el autor, los vecinos de la villa fueron incorporando nuevas formas de entretenimiento y diversión, pero siguieron comportándose, en general, de un modo no muy diferente a como lo habían hecho antes de la industrialización. A finales del siglo XIX, cuando la ciudad había triplicado ya su población en apenas veinticinco años, el ocio que disfrutaban los bilbaínos todavía era el de la burguesía, la única que tenía tiempo y dinero para permitirse esos lujos. Las clases populares disponían de sus propios espacios de sociabilidad, menos formales y

estructurados que los anteriores, pero, sin duda, más participativos. A lo largo de este proceso surgieron nuevos teatros, más populares y menos elitistas que el Nuevo Teatro de Bilbao (posteriormente, Teatro Arriaga) y se popularizaron los conciertos libres y gratuitos de la Banda Municipal en El Arenal. También aparecieron los denominados “jardines de espectáculos” en los que se cobraba entrada y los bailes públicos y populares. Un capítulo aparte merece la afición a los toros, muy extendida entre la sociedad bilbaína, a la que se dio un importante impulso con la construcción de la Plaza de Vista Alegre, aunque los precios de las entradas hicieron que durante años fuera un espectáculo reservado a las clases altas y medias que podían permitírselo.

Pese a todos los cambios que se estaban produciendo, pervivieron los diferentes deportes autóctonos, como la pelota o las regatas de traineras, pero surgieron otros nuevos ligados al proceso de industrialización, como el fútbol, que llegó de la mano de los ingenieros ingleses que trabajaban en las compañías mineras y fabriles. Uno de los nuevos deportes que tuvieron más éxito fue el ciclismo, convirtiéndose en un espectáculo popular gracias a la celebración de numerosas carreras que recorrieron toda la geografía vizcaína. Con el cambio de siglo se produjeron cambios substanciales, tanto en la sociedad como en el ocio del que una parte de ella comenzaba a disfrutar. Éste último se volvió cada vez más accesible

para las capas populares y dejó de estar ligado exclusivamente a la celebración de las fiestas patronales. Ello tuvo que ver con el boom económico que vivió la ciudad entre 1898 y 1901, lo que se tradujo también en la creación de nuevos espectáculos susceptibles de ser transformados en rentables negocios económicos, nuevos teatros más populares y, sobre todo, el cine, uno de los inventos más llamativos y novedosos que trajo la industrialización. Durante las dos primeras décadas del siglo XX Bilbao se llenó de salas para la proyección de películas, convirtiéndose rápidamente en uno de los fenómenos más populares de las clases trabajadoras.

Fue también en esta época cuando el fútbol se convirtió en un verdadero espectáculo y fenómeno de masas, con la aparición de numerosos clubes, entre ellos el que terminaría siendo con el tiempo el más importante de todos, el Athletic de Bilbao. Definitivamente, la sociedad había cambiado y con ella, los gustos de las personas, los hábitos y las forma de relacionarse y divertirse.

Con este último capítulo concluye un libro magnífico. No se trata de una suma de trabajos sobre diferentes facetas centrados en un periodo concreto de la historia del Bilbao. Es mucho más que eso. Es el resultado de un proyecto colectivo bien pensado que aborda el estudio de aspectos fundamentales para comprender la importancia del proceso de modernización de la sociedad vizcaína y, sobre todo, las consecuencias que tuvo en su sociedad.